

## **Autobiografía y política**

### **Aportes para una arqueología**

*Leticia Egea y Martín Ara*

*Facultad de Filosofía y Letras, UBA*

#### **Resumen**

Con posterioridad a diciembre de 2001, en la Argentina se han multiplicado los textos autobiográficos. Si bien el uso del género ha sido frecuente en nuestra cultura, la novedad de la escritura contemporánea es su exigencia de replanteamiento de la categoría puesta en juego en toda autobiografía: la intimidad. Cierta crítica analiza el fenómeno como una restauración ingenua del sujeto moderno, pero tal subjetividad solo pudo ser pensada en un horizonte de relaciones de poder diseñadas en consonancia con la soberanía y la disciplina de los Estados nacionales. El año 2001 transforma la escena de la escritura de sí a raíz de la reconfiguración de las estrategias de poder, donde el Estado ya no precede sino que sobrevive en tanto excrecencia y el Mercado desarticula el entramado institucional que requería el sujeto para conformarse. ¿Cómo narrar sin Estado, sin Historia, sin mundo alternativo, en la inmanencia del Mercado? Lo que se intentará probar es que en el mundo de la fluidez, la escritura autobiográfica –que leemos en Link, Guebel, Pauls, Moreno, Escari, Perez, Gusman, Libertella– ya no se sustenta en la dicotomía público-privado y el sujeto moderno, sino que, proponiendo la intimidad como una zona a construir entre el lenguaje y la vida, pretende desarticular algunos esquemas básicos de nuestro modo de pensar la literatura.

#### **Introducción**

Al hablar del género autobiográfico se suscita un problema no por tradicional menos complejo: aquel de las relaciones entre literatura y vida o, más aún, el del vínculo tan huidizo, tan inaprensible entre el lenguaje y la vida. Problema más acuciante cuando nos preguntamos por la autobiografía contemporánea pues, ¿qué es lo contemporáneo?, ¿qué experiencia debemos atravesar, qué lazos estrechar, que marcas considerar para lograr un uso de este tiempo en el que aún restemos vivos?

Creemos que el umbral de nuestra contemporaneidad se llama diciembre de 2001. Allí se ha producido lo que podríamos denominar un “salto arqueológico” que ha implicado un trastocamiento de los regímenes de discurso y verdad instalados en el horizonte de nuestro saber. Solo dicha transformación exhibe el surgimiento de ciertos enunciados y no otros, solo este pasaje muestra límpidamente cómo cierta formación discursiva se derrama por el conjunto de nuestro lenguaje y cobra operatividad y eficacia. Nuestro sumario análisis de la autobiografía se efectúa bajo esta perspectiva, por lo que deberemos observar las implicancias de la ruptura que supuso el estallido de 2001 en el registro autobiográfico de escritura. El discurso autobiográfico es una de las modalidades enunciativas que se tornaron predominantes en los últimos años y debemos esforzarnos aquí para efectuar el diagrama de sus transformaciones, el modo renovado en que resurgió en nuestra época, pero también las estrategias de poder que se asentaron en la base de tales regímenes discursivos.

Diciembre de 2001 traza el fin del lugar de trascendencia, meta institucional del Estado, su desfondamiento. No quiere decir que el Estado desaparezca sino más bien que deja vacante su sitio y función de articulador general de la vida social, es solo una más de las instituciones

existentes, no el trascendente que las ordena. Como afirma Lewkowicz, el agotamiento del Estado- Nación ya se encontraba instalado años atrás. Diciembre de 2001 dibuja un nuevo horizonte para el pensamiento, para la escritura, para la enunciación: ¿cómo imaginarnos a nosotros mismos sin el presupuesto del Estado?

Desfondamiento, destitución y fluidez, categorías que nos ayudan en la opacidad de una imaginación posestatal. Inventaremos otras para discernir las nuevas estrategias de poder que estas circunstancias entrañan. Porque en la era de la fluidez, la dominación del *mercado* implica dos consecuencias: un paradigma policíaco del ejercicio de poder y una subjetividad que se enuncia ya no en términos de ciudadano sino de *consumidor*, ya no como pueblo sino como *gente*. Y estas transformaciones de las relaciones de fuerza y de gobierno de la vida han alterado profundamente la disposición general de los discursos.

## La disposición estatal de los discursos

Los Estados nacionales tuvieron como soporte una disposición general de los discursos que ellos alimentaron en la medida en que contribuían a su legitimación y estabilidad. Sabemos por Foucault que el trascendente de la *episteme* moderna, aquel que se impone luego de la Revolución francesa y que domina el paisaje en todos los discursos del siglo XIX es la *Historia*. Dice el filósofo francés:

A partir del siglo XIX, la Historia va a desplegar en una serie temporal las analogías que relacionan unas con otras las organizaciones distintas (...) la Historia no debe entenderse aquí como la compilación de las sucesiones de hechos, tal cual han podido ser constituidas; es el modo fundamental de ser de las empiricidades, aquello a partir de lo cual son afirmadas, puestas, dispuestas y repartidas en el espacio del saber para conocimientos eventuales y ciencias posibles (...) La Historia, a partir del siglo XIX, define el lugar de nacimiento de lo empírico. (2002: 215)

La Historia es, entonces, el trascendente moderno que determina a todo ente empírico como histórico. Y, como dijimos antes, son los Estados nacionales los que recurrieron a esta disposición de los discursos como mecanismo legitimador, ya que, como señala Lewkowicz:

Lo que desde las prácticas de los Estados nacionales se instituye como soporte del lazo social que habría de dar fundamento a esos Estados, lo que hace que un pueblo sea un pueblo nación constituido es un intangible: su historia (...) La historia se constituye entonces en el discurso hegemónico de los Estados nacionales porque hace el ser nacional. (2008: 30).

## La autobiografía estatal

¿Hubo una escritura autobiográfica propia de la era del Estado nacional y su Historia? En la selva del texto argentino, las autobiografías proliferan como vegetación salvaje. Desde Manuel Belgrano hasta Jorge Luis Borges, desde Victoria Ocampo hasta Eva Perón, se multiplican sin cesar las líneas autobiográficas. Pero pensemos en el relato autobiográfico en el siglo XIX. Su evidente uso político no consiste más que en servir a una doble legitimación del autor frente a la opinión pública. La génesis del político, el camino del escritor. La autobiografía era fundamental a la hora de construir una carrera política y por ello fueron realizadas en su mayoría por individuos que pertenecieron a la elite dirigente que escribe para defender el honor familiar, entendido como “buen nombre” en el ámbito público (son los casos de Posadas, Belgrano, Saavedra). Como dice Prieto “La historia de la literatura autobiográfica argentina condensa, en un plano insospechado, la historia de al elite de poder en la Argentina”. (1982: 22).

No obstante, la autobiografía decimonónica pertenece al modelo del Estado nación, no simplemente porque su uso sea la legitimación ya mentada, mas bien se debe al *modo* en que se produce. La Historia es el marco de la autobiografía del siglo XIX. Dice Molloy (1996) “la autobiografía decimonónica se legitima como historia, y como historia se justifica por su valor documental” (1996: 187). El autobiógrafo del siglo XIX construye su discurso dentro del horizonte de la Historia, los textos buscan representar la vida como una entidad histórica que implica un origen, un desarrollo y una tarea asumida como un mandato histórico. Si la historiografía del siglo XIX pretende descubrir el destino histórico de la nación, la autobiografía decimonónica exhibe una tarea individual como realización de un destino histórico.

Por otra parte, la autobiografía del siglo XIX es un discurso que determina una posición de sujeto, la primera persona del singular, un “yo” que se presenta como una subjetividad autoconsciente que se responsabiliza por sus palabras. La responsabilidad es una figura moral que tiene un rol fundamental en la autobiografía moderna, pues constituye la herramienta primordial a través de la cual intenta suturarse la llaga que el propio pensamiento moderno abrió entre el lenguaje y la vida. Es el intento de responder con la propia vida por las palabras. El *Yo* es una institución más de la modernidad y, como señala Lewkowicz, es como las demás un “espacio de encierro, de vigilancia y de castigo; es el sitio en el que se encierra la subjetividad –que así encerrada se llama sujeto. La vigilancia se concentra en un punto: coherencia integral de lo que pasa por ahí. La responsabilidad, instancia de castigo, castiga la contradicción, la escisión, el olvido, el desentendimiento, la transgresión”. (2008: 212)

Pero, ¿cuál es el operador epistemológico del discurso autobiográfico del siglo XIX?, ¿qué permite el normal funcionamiento del yo responsable?, ¿qué facilita la historización de la vida del autobiógrafo? En el siglo XIX ese operador es la familia, presentada en términos de linaje. En las autobiografías del siglo XIX se construyen *linajes* donde se confunden lo familiar y lo histórico, donde lo familiar es vehículo o expresión de una época histórica. Este es el uso político de la autobiografía desde Sarmiento hasta Victoria Ocampo, que escribe en el siglo XX pero que continúa en el entramado discursivo autobiográfico propiamente decimonónico, porque, como dice Catelli, Ocampo concibe la Nación como “una extensión de la familia” y, repitiendo el gesto de autoras como Norah Lange o María Rosa Oliver, “se piensan como miembros de una estirpe fundadora de la Argentina” (2007: 180-181). Podría decirse lo mismo de Borges, que como lo dice el Renzi de Piglia, es el último escritor argentino del siglo XIX también en este sentido, basta recordar la construcción borgeana de sus “dos linajes” familiares, uno guerrero y otro literario. Como señala Alan Pauls, “Borges es uno de los pocos escritores que sigue recurriendo al árbol genealógico como capital, como reserva de valor, como argumento de autoridad, y también como garantía de una cierta *condición* literaria” pero “en este sentido –la identificación de la genealogía familiar con la historia de la patria–, la experiencia borgeana del pasado (el modo en que Borges usa y *hace rendir* al pasado) pertenece más al pasado, al siglo XIX y a la generación del ochenta, que a ese presente en mutación, contaminado de diferencias y heterogeneidades, donde la experimenta y la despliega” (2004: 25-26). Ocampo y Borges, entonces, clausuran un ciclo, el de la autobiografía de linaje, donde lo familiar se cruza con lo histórico, y la legitimación de la intervención en la elite, en su caso ya no elite de poder sino cultural, se da a partir de la exposición del itinerario de formación como escritor.

## La autobiografía de la resistencia

Los escritos autobiográficos que comienzan a desplegarse en el texto argentino de las décadas de 1970, 80 y 90, esto es, registros como los de Walsh, Piglia, Gusman, Fogwill o Fresán, comienzan a exponer ciertas rupturas, a la vez que configuran caminos de continuidad con el

discurso autobiográfico decimonónico. Si bien el uso de la autobiografía continúa siendo político, ya no se trata de legitimar aquí un camino hacia la elite. Walsh, de hecho, comienza su biografía señalando “Me llaman Rodolfo Walsh. Cuando chico, ese nombre no terminaba de convencerme: pensaba que no me serviría, por ejemplo, para ser presidente de la República. Mucho después descubrí que podía pronunciarse como dos yambos aliterados, y eso me gustó” (1996: 11). Aquí se renuncia al uso de la autobiografía en defensa del “buen nombre” para legitimar, a través del linaje, el ingreso en la elite de poder. Hay más bien un rechazo del nombre y una consecuente nueva experiencia literaria de él.

La función de la autobiografía continúa siendo la de exponer una génesis de la escritura, la condición literaria, como decíamos antes. Gusman, Fogwill o Fresán hablan de los caminos y las marcas que los condujeron a la literatura. Y el trascendental que sobrevuela en sus textos continúa siendo la Historia. “He sido traído y llevado por los tiempos” dice Walsh, o pensemos en la importancia de la caída del peronismo y el comienzo de la escritura del *Diario* inédito de Piglia, o como Fresán alienta su vocación literaria a partir de la intervención de la dictadura sobre el espacio íntimo de su casa y su familia. Pero ocurre que el operador epistemológico ha variado, lo que permitía generar un efecto de verdad en la autobiografía decimonónica y garantizaba a la vez una legitimación en la vida pública al autógrafo, era la familia presentada como linaje. Aquí se presenta un viraje puesto que en Walsh, por ejemplo, es justo la familia la que le quita toda vocación, más precisamente su hermano, quien logra el sueño de Rodolfo, esto es, ser aviador. “Supongo que a partir de ahí me quedé sin vocación y tuve muchos oficios”, dice Walsh (1996: 11), para luego decidirse por el oficio de escritor. El mismo Piglia, recordemos, deshace la destinación familiar hacia la escritura cuando sostiene que justamente fue gracias al encuentro con alguien totalmente ajeno a la familia, un tal Steve Ratliff, que se produce el devenir escritor. Dice Piglia: “Sin él yo no sería escritor; sin él yo no habría escrito los libros que escribí” (2009: 14). Incluso esa otra idea de Piglia, según la cual la crítica “es una de las formas modernas de la autobiografía” y “alguien escribe su vida cuando cree escribir sus lecturas” (2001: 13) se dirige en el mismo sentido de desfamiliarizar la genealogía del escritor.

No obstante, se nos podría preguntar ¿qué operador epistemológico reemplaza al linaje familiar en la tarea de producir verdad en el discurso autobiográfico, donde la vida sigue siendo entendida como vida histórica? Este nuevo operador es *la violencia política*. La historia ya no se confunde con la familia sino con el crimen y la violencia. Pensemos en la idea de guerra en Fogwill, la muerte en Gusmán, el crimen en Piglia y Walsh. En Fogwill, la guerra no es solo un episodio que se narra, es el dispositivo de génesis de su literatura, es su propia modalidad de escritura corrosiva y polémica. Dice Fogwill “No he escrito nada que merezca atención sin haber estado sintiendo en el curso de su copia el dictado de alguna emoción del orden de la hostilidad, el rencor, la rabia, el odio, la envidia, y la indignación: formas confusas del conflicto social anuncian algo muy vago” (2008: 33). La escritura de Fogwill es una escritura guerrera, y esa violencia es el operador que torna verosímil su intervención literaria. Más claro aún es el caso de Walsh. En Borges la violencia es lo otro de la escritura autobiográfica, el rostro escondido del linaje del coraje que no se asume como tarea sino que se revoca para abrir el espacio de escritura. En Walsh ya la violencia no es el lado oculto sino lo que fuerza a escribir, no nos escapamos de la violencia a través de la escritura, pues esta consiste también en un *violento oficio*. La escritura engulle de este modo a la violencia como parte de sí, como aquello que le permite tornarse histórica, pues la historia misma es criminal. *Operación masacre* fue, en este sentido, un *shock* pedagógico que mostró el carácter intrínsecamente violento de la Historia.

Si ya no se trata de autobiografías de elite, son más bien autobiografías de la resistencia al poder criminal y violento. La “autobiografía antiestatal”, podríamos denominarla. Pero para combatir la estatalidad, estos autores advierten la necesidad de luchar contra la modalidad subjetiva

del Estado, que es, como dijimos más arriba, el “Yo”. En tanto espectro estatal, el Yo fue vapuleado, maltratado, combatido pero siempre supuesto. “Asombro de ser yo” decía Pizarnik en sus *Diarios*, “el asombro, a pesar de su valor maravilloso, en mí significa desarraigo, un no sentirme en familia en el mundo” (2010: 95). Escribir en tono autobiográfico combatiendo el Yo es una difícil tarea que Piglia asume cuando señala que en verdad, “no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un *clown*” (2009: 12). La altivez del Yo que se pone a hablar conduce a lo payasesco de la parodia de sí.

En Guzmán el Yo se disgrega en un cúmulo de escritos, como si la propia piel fuera un rugoso papiro donde se inscribe la propia vida para luego poder descifrarla. “Puedo contar mi vida, contar los libros que escribí, es decir, contar mi vida a partir de lo que escribí. Es allí el único lugar donde la puedo leer, como se dice, en la palma de la mano” (2009: 11). Y es Fogwill quien retrocede o se adelanta cuando afirma “sé que no he escrito una sola página que me atreva a publicar que no proceda del dictado de una voz. A veces paso semanas y hasta meses sin escucharla” (2008: 33). El fervor musaico y un yo reducido a su dictadura parecen congeniar poco con el paradigma del sujeto soberano y autoconsciente.

### **La autobiografía contemporánea**

Diciembre de 2001, lo señalamos ya, es el trastorno de las formaciones discursivas y la autobiografía no permanecerá al margen. Si las transformaciones de la autobiografía argentina son evidentes de Sarmiento a Fogwill o de Ocampo a Walsh, también resulta por lo demás patente que el trascendental de determinación de las empiricidades era el mismo en todo ese extenso periplo: la Historia. Pero esto sucedía porque existía fundamentalmente una estructura de relaciones de poder y gobierno de la vida humana que poseía al Estado como su presupuesto más propio. Cuando el Estado Nación llega a su agotamiento y se ve desplazado del lugar de articulador de la vida social para pasar a ser una modalidad administrativa del Estado que trata simplemente de interrumpir el frenético fluir financiero, entonces la Historia y las formaciones discursivas que determinaban ontológicamente a lo empírico como histórico también se ven desplazadas. No significa que el Estado cese objetivamente, no implica que la Historia llegue a su final, solo dejan su lugar vacante. Así como no hay trascendente institucional que articule el orden social, tampoco existe, tal vez, un trascendental que organice epistemológicamente al conjunto de las formaciones discursivas.

Sin embargo, dos fuerzas que tienen mucho de fluvial, el lenguaje y la vida, se imponen aquí y allá si no como trascendentales, al menos sí como centros de gravitación en torno a los cuales gira el discurso. Por ello tal vez, el resurgimiento de la autobiografía como trazo de escritura que tiene que enfrentar cara a cara, una vez más, como Don Quijote, como Madame Bovary, como la entera literatura, las relaciones entre lenguaje y vida. Pero la autobiografía actual tendrá a su favor la desustancialización del lenguaje y la vida que resultaba de la lógica de lo sólido propiamente estatal y que conllevaba a la laceración dicotómica en dos rocas separadas, y el posterior y dramático deseo de articularlas. La lógica de la fluidez implica que el lenguaje y la vida pueden pensarse ahora en la inmanencia de dos corrientes fluviales que se entremezclan, como si solo se pudiera navegar en una habitando a la vez en la otra, como si solo se pudiera permanecer en la zona de su indiferencia. El género autobiográfico nos fuerza a pensar el lazo entre el lenguaje y la vida, entre las palabras y la carne. Pero, ¿puede pensarse el lenguaje, como se ha hecho por mucho tiempo, escindido de la vida?, ¿es posible no confundirse pensando una vida latiendo desnudamente, sin el ropaje de los decires? Solo vivimos entre las palabras. En los intersticios de la lengua, vemos, imaginamos, respiramos. Vivir es para nosotros, ser en el lenguaje.

## La vida como desierto sin historia

Al pensar la autobiografía contemporánea, esto es, aquella que enfrenta los problemas propios del desfondamiento del Estado y su subjetividad, tendríamos que anotar, como María Negroni: “He perdido mi nombre. He perdido *mis* nombres. De la desesperación, de la masacre, me quedó el círculo de ciertas letras, una maravilla inconsolable. Ninguna sabiduría, ninguna salvación. Apenas un desierto sin historia, donde nada representa nada. Algo así” (2007: 132). Si las autobiografías tradicionales buscaban representar la vida como entidad histórica a través de las palabras, las autobiografías después de 2001 se enfrentan a este desierto sin historia, donde nada representa nada. Y, sin embargo, tal vez se busca otra cosa, quizás el problema es hallar los mecanismos que puedan dar expresión a *una* vida.

Los relatos autobiográficos de Raúl Escari, contenidos en sus libros *Dos relatos porteños* y *Actos en palabras*, son el mejor ejemplo de un texto atravesado por el problema de la contemporaneidad, esto es, el no contar con la mediación histórica para donar de sentido a lo que acontece. Busca un método válido para entremezclar el flujo de las palabras que narran y el de los actos que se desarrollan y encuentra la categoría de inmediatez. Dice Escari: “el criterio que rige esta novela no novela es un *criterio de inmediatez*. Cada uno de los textos cuenta algo que acababa de ocurrirme. En principio no pasaban más de quince o veinte minutos entre lo vivido (*el acto*) y su escritura (*las palabras*)” (2007: 7). Una experiencia de la temporalidad no histórica, el relato se dibuja como un *graffiti* sobre la pared del tiempo, un mapa de zonas intensas. La vida no histórica, la vida como un desierto interrumpido por los oasis de intensidad, por grados y no por etapas, situaciones y no partes de un recorrido. “Una estructura hecha de silencios, de escenas cortadas, en la que todo ocurre en un tiempo simultáneo que es un no tiempo”, dice Escari. Claro está que la estructura *pop* del texto, su ausencia de jerarquías entre los momentos narrados, conlleva siempre la posibilidad de la banalidad, de caer en una palabra vana despojada de todo anclaje en la vida. Pero Escari está dispuesto a correr el riesgo.

Su tentativa implica no tanto una autobiografía antiestatal, una autobiografía contra el Yo. Es una autobiografía que debe lidiar con el problema del desfondamiento de las instituciones modernas. No se hace una autobiografía contra el Yo porque ese Yo ya no constituye un presupuesto para la escritura, si se lo desea, deberá configurárselo mediante cierta tecnología, pero el punto de partida es siempre su contingencia radical.

## La ética autobiográfica

El desfondamiento del Yo nos obliga a repensar la ética inscripta en el género autobiográfico. Ética de la identidad personal, ética de la identidad sin persona, ética de lo impersonal. La ética de la persona está fundada sobre la articulación de lenguaje y vida, de ley y realidad, a través de la figura jurídico-lingüística de la persona. La identidad personal oficia de puente entre vida y lenguaje, porque es desde algunas de las tres personas del singular o del plural que puede tratar de unirse lo separado metafísicamente. En la actualidad, la reconfiguración de las estrategias de poder implican que se pase del paradigma de la identidad al de la identificación. Este saber de la identificación individual resulta de la reconfiguración policial del ejercicio de poder, cada vez más frecuente en nuestros grandes centros urbanos. La medicalización y biologización de las sociedades permiten implementar una serie de dispositivos. El mapa genético es el más evidente, una identidad sin persona. El saber de sí y todas las tecnologías del yo son respuestas a estas nuevas estrategias del poder. Salirse de la lógica tanto de la identidad como de la identificación, implica para la autobiografía contemporánea, una escritura de lo impersonal, donde se ficcionaliza explícitamente la propia vida, donde se ensayan líneas de fuga del ser nombrado,

donde se multiplican los viajes que desterritorializan la identidad. Estrategias de un saber de sí insurrecto, que busca desarticular la máquina de escisión y luego decisión entre el lenguaje y la vida. Se trata de desustancializar los dos polos, mantener la marcha por el umbral de ambos, recorrer sus lindes, sin caer en un lenguaje sin vida, una palabra vana, ni tampoco en una vida desnuda, despojada de todo decir.

### **Estrategia 1 o la liberación del nombre**

*Mi querida, ¿qué hay entre su nombre y usted?*

*¿Sería usted un sinónimo de su nombre?*

*¿o tal vez una metáfora errada o un desvío semántico?*

*¿Cuál será su nombre el lunes que viene, el año que viene, el mundo que viene?*

(Negroni, 2007: 150)

La autobiografía hoy quizás no sea el retrato fiel de una persona sino la configuración íntima de una escritura, un pensamiento, una acción en una situación. En *Montserrat*, Daniel Link pone en entredicho la identidad entre el nombre y la persona, y cuestiona el paradigma de la identificación personal y los dispositivos de personalización de la vida. “No somos sino el efecto de actos de discurso: la nominación en primer término y la normalización según un sistema de diferencias puras que nos precedía (...) El resto de indeterminación que hubiere quedado en nosotros después de ese penoso proceso de determinación será luego objeto de identificaciones narcisistas.” (2006: 103) El ser nombrado implica la captura de la multiplicidad de posiciones subjetivas por medio de la nominación, y precipita la destinación. Por tal motivo, Link trata de separarse de la relación especular con el nombre y evita ser nombrado. Siguiendo a Agamben, tener un nombre es la culpa, el nombre sería un modo de justificación de la propia vida. Solo quien puede deshacerse del nombre que le ha sido impuesto tiene en sus manos el salvoconducto que lo lleva a la felicidad. Privada de nombre la criatura es restituida a la comunidad más propiamente humana que habla solo con gestos.

### **Estrategia 2 o lo bio-gráfico contra lo bio-lógico. Mapa intensivo de una vida contra representación extensiva de la vida**

Como hemos señalado más arriba, una de las formas que asume la ética posestatal es la de la identidad sin persona. Toda una serie de saberes especializados sobre la vida biológica y un conjunto de prácticas correlativas han intentado capturar al viviente por medio de dispositivos de normalización. La fuga de la medicalización es para Pablo Pérez la estrategia de resistencia frente a un poder que intenta borrar su identidad por medio de la biologización de su cuerpo. A partir de la escritura como trazo singular logra un agenciamiento desde el cual resistir al discurso normalizador de la vida. Alan Pauls afirma que el gran tema de la autobiografía en el siglo XX es la enfermedad, mientras que el tema del libro de Pérez es la enfermedad del siglo. Pérez ensaya una serie de prácticas para desarticular por medio de la escritura la identidad sin persona. “No me interesa tomar AZT para llegar vivo”. (1998: 21)

Como Pauls en *Wasabi*, también Pérez propone un método personalizado de cura de la enfermedad: la homeopatía; escuchemos al narrador:

Finalmente a mi homeópata le pregunté por qué si la homeopatía considera solo un medicamento para cada paciente entendido como un todo, me estaba hablando de sistema inmunológico como si se tratara de algo aparte, y si el Sida no le estaría pateando el tablero. (1998: 80)

Pablo, el protagonista, es nombrado como una cifra por la institución médica: “Decidí empezar un nuevo capítulo porque una cifra cambió y me perturba: 120 CD4, 700 CD 8” (1998: 61). Otro modo de despersonalización puede constituirlo el informe de la asistente social que muestra cómo es nombrado por la máquina burocrática: “El ítem reseña del caso de la encuesta social

dice lo siguiente: ‘Paciente soltero pensionado por invalidez. Cuenta con cobertura médico-social por PAMI que por razones presupuestarias no puede proveerle la medicación prescripta’’. (1998: 109)

### **Estrategia 3 o el delirar de una lengua**

Pero aun en la escritura autobiográfica puede haber una literatura mayor y una literatura menor. Siguiendo a Deleuze, la literatura menor tiene tres características: la desterritorialización de la lengua, la articulación de lo individual en lo inmediato-político, el dispositivo colectivo de enunciación.

En el género autobiográfico, puede haber un gesto de literatura mayor en tanto se busque representar la vida a través de un determinado modo de construir el relato de la existencia. Como ocurre con *El tiempo de una vida*, la autobiografía publicada por Juan José Sebreli en 2005, quien de modo anacrónico afirma que la escritura es el vehículo de representación de la vida: “La realidad no deja de ser, en cierto modo, una ilusión cuando es *transcripta* a una materia distinta de la vida: el lenguaje. *La representación de la vida* tiene, inevitablemente, una parte de construcción mental”. (2005: 11)

La desterritorialización de la lengua autobiográfica se produce por la subversión de la palabra responsable que busca siempre la articulación entre lenguaje y vida a partir de un uso performativo del lenguaje. Allí se produce una literatura autobiográfica menor, una palabra desjuridizada, un delirar de la lengua no responsable, no obligatorio. Ciertos escritos autobiográficos posteriores a 2001 quiebran el tradicional pacto de lectura por medio del cual el autor garantizaba al lector la coherencia, la verdad y la alianza hasta el crepúsculo del texto. Escritos como *Derrumbe* de Guebel o *Maniobras nocturnas* de Cozarinsky efectúan un golpe de timón en la nave de sus textos y el pacto de verosimilitud sellado en el comienzo naufraga repentinamente, en un gesto que se cierne sobre los personajes, sobre sus acciones, sobre su lengua. Lo que se derrumba en Guebel es la verosimilitud de su relato, pues el tono que sostiene la narración es alterado radicalmente al ritmo de la transformación de la vida de su protagonista, de escritor frustrado, marido abandonado, padre nostálgico, el personaje deviene ciruja, habitando en las cloacas, comiendo ratas luego de practicar con ellas inverosímiles actos sexuales. Dice Guebel “por lo general prefería andar en cuatro patas por las cloacas. Aullaba. Prefería ser un animal” (2007: 178). El tono intensificado hasta el aullido, el devenir animal, la fuga de la identificación “con el impacto se me saltaron los documentos del bolsillo del pantalón y se mezclaron con la inmundicia, las autoridades me dieron por muerto, sin proceder a una identificación en regla” (2007: 177).

Pensemos también en la metamorfosis del personaje Cozarinsky, de enamorado a criminal, tentado por fabricarse a través del asesinato a sí mismo como “un personaje de ficción” y distanciarse a la vez de sí con la lejanía de un espectador. Un delirio del doble, que le permite “ingresar en otra vida, temida, deseada (2007: 167).

### **Estrategia 4 o la ficción de una vida**

El hábito representativo tradicional de las autobiografías provoca en el lector una disposición a aceptar implícitamente la posibilidad de una cristalización lingüística de la vida en las narraciones de los autobiógrafos. Exiliar del sueño correspondentista a los incautos es el objetivo de los procedimientos distanciadores que emplean Libertella en *La arquitectura del fantasma*, Link en *Yo fui un niño de ocho años*, y María Moreno en el juego que realiza entre sus relatos de *Banco a la sombra* y las posteriores declaraciones confesionales del carácter llanamente ficticio de sus relatos. Dice Libertella:

Voy sintiendo que no tengo derecho a intervenir en mi propia vida. Así que avanzo con la sensación de que otro escribe este libro por mí. Créeme: la cosa está. Ahora se hizo toda de ficción. Ahora mi personaje puede vender su verdad como si fuera mentira. (Libertella, 2006: 37)

Según Alberto Giordano, no hay nunca necesidad de “de aclarar lo que hubiese convenido que se mantenga ambiguo” (2007: 49), pues el texto autobiográfico perdería “potencia de transformación” cuando es explícitamente aclarado su ser ficcional. Pero, ¿por qué no tomar el segundo momento, confesional como es, como el que verdaderamente abre al espacio autobiográfico? ¿No es el segundo momento el que nos libera de lo puramente obscuro y nos despierta de la hondura de lo íntimo presentado como un centro remoto y escondido de nosotros mismos? Es que este procedimiento de ficcionalización explícita de la vida nos conduce a una construcción colectiva de la subjetividad pues la intimidad es colocada en una exterioridad, en un afuera que se forma en el juego con los otros. La autobiografía del yo estatal era, después de todo, un soliloquio, y por ello se enfrentaba a tantos problemas para justificarse. La autobiografía posestatal ya no necesita legitimación ni para el autógrafo ni para el relato mismo, pues es la vida en proceso, y esta nunca necesita justificarse.

### **Estrategia 5 o sin Estado y sin mercado**

Las subjetividades de enunciación colectiva, las frágiles comunidades fugadas del dispositivo de captura del Estado Nación son uno de los elementos de interés que surge de la lectura de *La vida descalzo* de Alan Pauls. Frente a la enunciación mayor de la Nación, Pauls concibe la playa como el espacio de una forma de vida posible en la cual los lazos que se establecen entre los integrantes de la comunidad no son ni estatales ni mercantiles. Imagina la playa como la situación en la que lo individual es inmediatamente político, un lugar de enunciación menor. Afirma Pauls:

Si hay una erótica de la playa, en rigor es la que nace y circula en esa esfera comunitaria, y de la que la libido que la anima se invierte menos en objetos puntuales que en formas de vida utópicas (...) La playa se convierte de algún modo en un experimento erótico-político. Lo que se desea no son cuerpos, o no solamente, sino sobre todo la maqueta provisoria de una pequeña sociedad sin Estado y sin mercado. (Pauls, 2006: 85-86)

### **Bibliografía**

- Catelli, Nora. 2007. *En la era de la intimidad*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Cozarinski, Edgardo. 2007. *Maniobras nocturnas*. Buenos Aires, Emecé.
- Escari, Raúl. 2007. *Actos en palabras*. Buenos Aires, Mansalva.
- Foucault, Michel. 1998. *Las palabras y las cosas*. Frost, Elsa Cecilia (trad.). México, Siglo XXI.
- Fogwill, Rodolfo. 2008. *Los libros de la guerra*. Buenos Aires, Mansalva.
- Foucault, Michel. 1998. *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI.
- Guebel, Daniel. 2007. *Derrumbe*. Buenos Aires, Mondadori.
- Giordano, Alberto. 2008. *El giro autobiográfico*. Buenos Aires, Mansalva.
- Gusmán, Luis. 2009. *La rueda de Virgilio*. Buenos Aires, Edhasa.
- Lewkowicz, Ignacio. 2008. *Pensar sin Estado*. Buenos Aires, Paidós.
- Libertella, Héctor. 2006. *La arquitectura del fantasma*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Link, Daniel. 2006. *Montserrat*. Buenos Aires, Mansalva.
- Molloy, Silvia. 1996. *Acto de presencia*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Moreno, María. 2007. *Banco a la sombra*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Negróni, María. 2007. *La anunciación*. Buenos Aires, Seix Barral.
- Pauls, Alan. 2004. *El factor Borges*. Buenos Aires, Anagrama.
- , 2006. *La vida descalzo*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Pérez, Pablo. 1998. *Un año sin amor*. Buenos Aires, Libros Perfil.
- Piglia, Ricardo. 2007. *Prisión perpetua*. Buenos Aires, Anagrama.
- Pizarnik, Alejandra. 2010. *Diarios*. Buenos Aires, Lumen.
- Prieto, Adolfo. 1982. *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, Capítulo.
- Sebreli, Juan José. 2005. *El tiempo de una vida*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Walsh, Rodolfo, 1996. *Ese hombre y otros papeles personales*. Link, Daniel (Pról. y ed.). Buenos Aires, Seix Barral.

## CV

LETICIA EGEA ES LICENCIADA EN LETRAS (UBA). SE DESEMPEÑA COMO PROFESORA DE LITERATURA EN LA ESCUELA MEDIA. PUBLICACIONES HECHAS: RESEÑA SOBRE *BLANCO NOCTURNO* DE RICARDO PIGLIA EN LA REVISTA *EL RÍO SIN ORILLAS*.

MARTÍN ARA ES ESTUDIANTE DE LA CARRERA DE FILOSOFÍA (UBA). DICTÓ CLASES DE FILOSOFÍA EN NIVEL SUPERIOR. PUBLICACIONES REALIZADAS: “EL ICONOCLASTA INMEMORIAL. LA IMAGEN EN LA LITERATURA DE ALAN PAULS” Y “ACIAGAS ORFANDADES. SOBRE LOS TOPOS DE FÉLIX BRUZZONE”; AMBAS EN LA REVISTA *EL RÍO SIN ORILLAS*.